

Neoliberalismo, gubernamentalidad y mnemotécnicas de la crueldad

Emiliano Sacchi
(Conicet - UNCO)

Abstract

The notion of governmentality has allowed to deepen the analysis of neoliberalism beyond a comprehension focused on the restructuration of contemporary capitalism. However, this understanding of neoliberalism as an art of government tends to reduce it to one of its dimensions and ignores its overlaps with the current transformations of capitalism. This work aims to make the notion of governmentality more complex by giving account of these overlaps, of the coercion that constitute the basis of the economic-existential freedom of neoliberal subjectivity and, at last, of the violence that is at the origin and that accompanies the development of neoliberalism.

Keywords:

governmentality, neoliberalism, subjectivity



Resumen

La noción de gubernamentalidad ha permitido profundizar el análisis del neoliberalismo más allá de las lecturas centradas en las reestructuraciones del capitalismo contemporáneo. Sin embargo, la comprensión del mismo en tanto arte de gobierno y conducción de conductas tiende a reducirlo a una de sus dimensiones y desconoce sus imbricaciones en las transformaciones actuales del capitalismo. Este trabajo pretende complejizar la noción de gubernamentalidad dando cuenta de esas imbricaciones, de las coacciones que constituyen el subsuelo de la libertad económico-existencial de la subjetividad neoliberal y de la violencia que está en su origen y que acompaña su desarrollo.

Palabras claves:

gubernamentalidad, neoliberalismo, subjetividad

Datos del Autor

- Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires
- Profesor de Teoría Política en la Universidad Nacional del Comahue.
- Investigador del Conicet
- Director del Centro de Estudios de Filosofía de la Cultura (CEFC)

“La regla, es el placer calculado del encarnizamiento, es la sangre prometida. Ella permite relanzar sin cesar el juego de la dominación. Introduce en escena una violencia repetida meticulosamente” M. Foucault

1. La novedad foucaultiana

Ha existido durante un largo tiempo cierto sentido común sobre el neoliberalismo que nos llevaba a pensar que se trataba de una noción transparente que designaría una ideología económico-política y su “aplicación” más o menos lineal. En tal sentido, la forma más habitual de comprender las transformaciones neoliberales que han sufrido desde los años ‘70 y sobre todo a partir de los ‘80 numerosos países en todo el mundo, ha consistido en señalarlas como un “retorno” del mercado y una “retirada” del Estado cuyo decálogo se encontraría en el llamado Consenso de Washington. Sin embargo, la publicación y difusión de la lectura foucaultiana sobre el neoliberalismo ha producido, en el contexto de la crisis de 2008 y de la consecuentes ‘políticas de austeridad’ que alcanzaron a los países centrales del mundo euro-americano, una verdadera necesidad de revisar el sentido de lo “neoliberal”.

La hipótesis de trabajo foucaultiana, formulada de forma exploratoria durante el curso de 1978-1979, es decir, antes de que M. Thatcher y R. Reagan asuman el poder en los países centrales, de que la crisis de la deuda llevara a los países latinoamericanos a abrazar los planes de ajuste del FMI y mucho antes del famoso Consenso de Washington, es que el neoliberalismo es fundamentalmente una “forma de gubernamentalidad” y más aún la racionalidad de gobierno dominante en las sociedades occidentales a partir de mediados del siglo XX. Ello significa que desde este punto de vista no se presenta tan sólo como una doctrina económica o ideología política, sino como una racionalización del ejercicio del poder en cuanto práctica de gobierno, más puntualmente como una reflexión y racionalización sobre el arte de gobernar *económicamente* a la sociedad y a los individuos por medio del modelo de la *competencia* y la *forma empresa*. Constituye, en tal sentido, la forma paradigmática de la gubernamentalidad de nuestro tiempo: una tecnología de gobierno y una tecnología del yo, una tecnología de saber-poder con profundos efectos de verdad, cuyo resultado es la producción de las formas de subjetividad competitivas y empresariales contemporáneas. En tal sentido, hablar de gubernamentalidad implica entender al neoliberalismo como el entramado que se da entre un régimen de verdad, unas tecnologías de poder y unos procesos de subjetivación. Según esta hipótesis el neoliberalismo define una forma de sociedad y un modo de existencia bajo la forma empresa que “pone en juego nuestra manera de vivir, las relaciones con los otros y la manera en que nos representamos a nosotros mismos. No sólo tenemos que vérnoslas con una doctrina ideológica y con una política económica, sino también

con un verdadero proyecto de sociedad y una cierta *fabricación del ser humano*¹. Dicho esto, es evidente, que la tesis foucaultiana implicaba tomar al neoliberalismo a la vez como un fenómeno mucho más amplio y complejo y, por ello mismo, desplazar su análisis desde el terreno de las ideologías y las doctrinas económicas al campo mucho más vasto de la genealogía de las formas del ejercicio del poder en occidente, en cuyo horizonte, aquel marcaría una innovación radical. Innovación que, en primer lugar, pone en evidencia la ingenuidad de la crítica que señala al neoliberalismo como una simple reactivación de los viejos principios del liberalismo clásico. En efecto, el ordoliberalismo alemán y del neoliberalismo austro-americano, tal cual los analiza Foucault, surgen de la puesta en crisis de esos principios: si aquel partía del mercado como lugar natural y equilibrado del intercambio y pedía al Estado (o mejor dicho al gobierno) su autolimitación para dejar actuar (*laissez passer, laissez faire*) al hombre libre e intercambiador, el arte de gobierno neoliberal, parte del mercado como orden artificial y dinámico de la competencia, por lo que demanda al Estado no su autolimitación, sino una intervención pro-mercantil que asegure las condiciones formales de su existencia y que hace del hombre, el *homo economicus* empresarial, la interfaz del gobierno. Esto significa transformar radicalmente la relación del liberalismo entre mercado y Estado. Ésta ya no puede ser de delimitación recíproca de dominios diferentes: “No va a existir el juego del mercado al que debe dejarse libre y el ámbito donde el Estado comience a intervenir, pues justamente el mercado, o, mejor, la competencia pura, que es la esencia misma del mercado, sólo puede aparecer si es producida, y si es producida por una gubernamentalidad activa”². La economía de mercado no supone, por lo tanto el achicamiento del Estado, la limitación del gobierno, la no intervención, sino su extensión a los *fundamentos* del mercado: “El neoliberalismo, entonces, no va a situarse bajo el signo del *laissez-faire* sino, por el contrario, bajo el signo de una vigilancia, una actividad, una intervención permanente”³. El problema ya no es intervenir sí o no, sino *cómo*. En tal sentido, Foucault rescata la diferencia que W. Eucken (referente de la Escuela de Friburgo) traza entre una intervención *directa* sobre el juego económico y una *indirecta* que cae sobre las reglas de ese juego. Según esta distinción, la intervención gubernamental sobre los procesos económicos mismos debe ser mínima, pero debe ser *masiva* sobre su “marco”, sobre los datos técnicos, científicos, jurídicos, demográficos, biológicos, ambientales, culturales, etc. en general, sobre todo el campo social que constituye sus condiciones de posibilidad de la “estructura” mercado. Es a ese tipo de intervenciones que otros referentes importantes del ordoliberalismo llamarán “*liberalismo sociológico*” (Wilhelm Röpke) y “*Vitalpolitik*” (Alexander Rüstow). En un sentido interviene menos pero en el otro interviene en una profundidad, una extensión y con

1. Dardot P; Laval, Ch., “El neoliberalismo gobierna a través de la competencia que crea”. *Telam*. En línea: <http://www.telam.com.ar/notas/201410/81619-el-neoliberalismo-gobierna-a-traves-de-la-competencia-que-crea.html> Última consulta: 10/12/2015

2. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p.154

3. *Ibid.*, p. 158

una radicalidad mucho mayor. En efecto, dar forma a la sociedad para hacer posible el libre juego de la competencia supondrá “constituir una trama social en la que las unidades básicas tengan precisamente la forma de la empresa”⁴.

Si el ordoliberalismo había comenzado extendiendo la racionalidad económica empresarial hacia todo el campo social, los neoliberales norteamericanos van a radicalizar este principio, hasta anular la distinción entre lo económico, lo social y el actuar humano. No se trata ya de extender los mecanismos económicos a la sociedad, sino de hacer de lo social una economía y, sobre todo, de *toda* actividad humana un comportamiento que asigna recursos escasos a fines antagónicos. En tal sentido, L. Robbins y luego Gary Becker, definirán la economía como *la ciencia del comportamiento humano*⁵. Se trata, claro está, de una torsión subjetiva de la economía. Pero no se trata tan sólo de un punto de vista subjetivo sobre el campo de objetos de la economía sino de una completa redefinición de sus problemas, métodos y objetos. Como lo deja en claro L. Von Mises: “El acto de elegir determina todas las decisiones del hombre. (...) Todos los valores humanos se presentan como opciones. Todos los fines y los medios, las consideraciones, tanto materiales como morales, lo sublime y lo vulgar, lo noble y lo innoble, son dispuestos en una serie única y son sometidos a una decisión que toma una cosa y deja del lado otra. Nada de lo que los hombres desean obtener o evitar queda fuera de este ordenamiento (...) La teoría moderna del valor ensancha el horizonte científico y amplía así el campo de los estudios económicos”⁶. La torsión subjetiva de la teoría del valor y de la economía, supone inversamente, una completa torsión económica de la subjetividad y por lo tanto la economía deviene, en palabras de Von Mises, una *praxeología, la ciencia de todos los géneros del actuar humano*.

Esta redefinición fue decisiva en la medida en que implicó un desbloqueo a la vez epistémico y político de la economía sin precedentes. Esta pudo constituirse como grilla de análisis de todo actuar humano y, por lo tanto, como principio de gobierno de las conductas. Como lo diría Margaret Thatcher: “*La economía es el método, el objetivo es cambiar el alma*”, hacer de todos y cada uno *hominem economicum* y en cuanto tal *hombres gobernables*⁷. Así, el *homo economicus*, límite intocable del gobierno liberal clásico, deviene en el objeto por excelencia de la gubernamentalidad neoliberal: “El individuo va a llegar a ser gubernamentalizable, si se va a poder tener influjo sobre él, será en la medida y sólo en la medida en que es *homo economicus*. Vale decir que la superficie de contacto entre el individuo y el poder que se ejerce sobre él, y por consiguiente el principio de regulación del poder sobre el individuo, no va a ser otra cosa que esa especie de grilla del *homo economicus*”⁸. Gobernar a los hombres, querrá decir para el neoliberalismo, gobernarlos en tanto sujetos que

4. *Ibid.*, p. 186

5. *Ibid.*, p. 260

6. Dardot P.; Laval, Ch. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa, 2013, p. 142

7. Foucault, M., *op. cit.*, p. 292

8. *Ibid.*, 292

actúan económicamente, que eligen entre recursos escasos y que persiguen fines no sustituibles, que invierten en acciones, esperan ganancias y aceptan riesgos, que se conciben a sí mismos como un capital al que hay que acrecentar y del cual deben obtener una renta y que por lo tanto van a responder de forma no aleatoria a las modificaciones que se produzcan en su ambiente. Si gobernar es la actividad reflexionada de la conducción de las conductas de los hombres, el gobierno neoliberal consistiría en estructuración del campo de acción de los sujetos libres en tanto *homini economici*, hombres que se comportan como *empresarios de sí mismos*.

Se entiende así, porque para una comprensión del neoliberalismo, se vuelve central la cuestión de la *subjetividad* y porque éste que no puede ser reducido a una mera doctrina económica o a una ideología política. Es eso y mucho más: una mutación histórica en los modos de ejercicio del poder, lo que supone en consecuencia, una verdadera antropotécnica, toda una tecnología de producción y gestión de *homini economici*. En ese sentido, cuando Foucault dice que se buscará construir un *homo economicus* que no es el del intercambio, es decir, el hombre moderno, sujeto natural, libre, racional y utilitarista, sino uno que se acomoda a la forma Empresa, está afirmando que el neoliberalismo supone una tecnología de configuración y producción de la subjetividad y una tecnología de producción de lo humano. De alguna forma, si el poder disciplinario y su anatomo-política ya había producido un hombre a la altura del naciente capitalismo industrial, el neoliberalismo y la empresa constituyen la tecnología de poder encargada de producir unas subjetividades empresariales, unas almas y unos cuerpos, unas conductas, unos hábitos, que estén a la altura del capitalismo contemporáneo.

No puede negarse el valor de estas hipótesis foucaultianas, más aún considerando el momento de su formulación y el tono anticipatorio que ha adquirido tras varias décadas de despliegue neoliberal. Quizá por tal motivo, esta clave de lectura ha tenido en los últimos años a una verdadera explosión teórica, lo que ha llevado a la producción académica en torno a la “gubernamentalidad” neoliberal a cobrar un espesor inusitado. Así lo atestiguan numerosos autores y trabajos que se han dedicado a re-interpretar a partir de Foucault el fenómeno neoliberal (Dardot y Laval, Wendy Brown, Lazzarato, Byung-Chul Han, Paltrinieri). Cada uno de sus estudios han contribuido a dar cuenta de la formación de la razón gubernamental neoliberal respondiendo a los esquemas más clásicos que han intentado explicar el neoliberalismo como una simple doctrina, una ideología, como un paquete de políticas públicas o como una reacción “estructural” del capital frente a la caída de la tasa de ganancia a partir de la crisis en los años ‘70 del modelo “fordista” y de pleno empleo⁹. Como cuestionan Dardot y Laval, ¿acaso alcanza con relacionar las políticas neoliberales con determinada coyuntura histórica para entender su naturaleza y su relación con las pretensiones refundadoras del liberalismo¹⁰? Frente a ello, el análisis foucaultiano marcó los mojones para una investigación de las múltiples y

9. Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007

10. Dardot, P.; Laval, Ch., *op. cit.*, p.190

heterogéneas procedencias y de las diferentes configuraciones históricas y geográficas que el neoliberalismo ha adquirido en el siglo XX. Estas muestran que no se trata tanto de una respuesta estructural y monolítica deducible de ciertas transformaciones del capitalismo o de cierta ideología, cuanto de un conjunto disperso, no necesariamente coherente entre sí, de prácticas y de racionalizaciones de procedencias lejanas, que se entrelazan, claro está, con las transformaciones del capitalismo, pero que éstas no explican lineal ni globalmente. Prácticas y racionalizaciones que, por ello mismo, no son ideológicamente consistentes y que pueden ser funcionales tanto fuerzas conservadoras como progresistas, de derecha como de izquierda. A este nivel, en tanto *razón del mundo*, el neoliberalismo es global, pero a la vez asistemático, diferenciado, impuro. Regionalmente, podemos rastrear sus trazos en las dictaduras de los '70 o en políticas ortodoxas de los años '90 impuestas por el FMI en toda nuestra región, en las *nuevas* "nuevas derechas" que actualmente crecen en la región, pero también aún, si bien de forma más difuminada, en los progresismos de la década pasada. Heterogeneidad que evidencia la polivalencia táctica del neoliberalismo como racionalidad de gobierno.

No obstante, así como el neoliberalismo parece una semilla transgénica apta para desarrollarse en todo terreno, la noción de gubernamentalidad brota en todos los campos como su principio de inteligibilidad. Y en esta profusión de investigaciones llama la atención cierta insistencia que pretende circunscribir el fenómeno neoliberal de forma cuasi exclusiva en torno al arte de gobierno y a las racionalidades, a la conducción de conductas y sobre todo a lo que suele referirse como gobierno ambiental o indirecto, gobierno del *ethos*, gobierno por medio del auto-gobierno, etc. y de forma más general, en torno a cierto carácter "*soft*" que tendría el poder neoliberal. De forma tal que si la noción de gubernamentalidad, permitió en principio reconocer aristas del neoliberalismo que quedaban en la sombra para una mirada centrada en el clivaje Estado/Mercado, en la idea de un supuesto retorno al liberalismo decimonónico y en los aspectos puramente económicos y macroeconómicos, hoy parece necesario interrogarnos hasta qué punto la noción gubernamentalidad no funciona más bien como un límite para nuestra comprensión del neoliberalismo. Dicho de otra forma, la potencia de una perspectiva que permitió pensar el neoliberalismo como una compleja reestructuración de las formas capilares de ejercicio del poder en occidente, parece devenir en la actualidad en una reducción de aquel a una de sus dimensiones y en la formidable proliferación de paráfrasis foucaultianas.

Por ello, es inexcusable interrogarnos hasta qué punto estas nociones permiten dar cuenta acabadamente de nuestro presente neoliberal, sobre todo considerando las dinámicas más violentas, mortíferas y para nada "*soft*" del capitalismo de estos tiempos y, a la vez, es necesario ponerlas en tensión con las ricas discusiones en torno a las transformaciones recientes del capitalismo (la financiarización, la inmaterialización del trabajo y la producción, la llamada acumulación por desposesión, la gansterización, la economía de la deuda, etc.) que permitirían complejizar nuestro diagnóstico y complementar la crítica gubernamental del neoliberalismo.

2. De la inflación del Estado a la devaluación de la gubernamentalidad

Tal vez la insistencia en caracterizar a la gubernamentalidad neoliberal como un *soft power* se deba a dos malos entendidos sobre la noción misma de gubernamentalidad y su articulación con las diferentes problematizaciones foucaultianas de las relaciones entre poder/verdad/subjetividad. En primer lugar suele reiterarse la célebre pero insulsa idea según la cual habría en la producción foucaultiana un pasaje de la “hipótesis Nietzsche”, de la guerra y las relaciones de fuerzas, a la hipótesis del “gobierno” como modo de funcionamiento del poder¹¹. En segundo lugar, estrechamente ligada con la tesis anterior, existe una confusión entre la genealogía del poder y una Historia del poder y sus épocas sucesivas. Ambas ideas producen una caricaturización burda de los interrogantes foucaultianos y disminuyen su potencial crítico respecto nuestro presente. Según el primer malentendido, antes del análisis de las gubernamentalidades, toda la analítica foucaultiana del poder podría reducirse a la descripción de una instancia violenta de dominación. Así Foucault habría pasado de la guerra y de la relación dominantes-dominados, como matriz para comprender las relaciones de poder, hacia una noción de gobierno que entiende el poder como conducción de conductas o conjunto de acciones sobre acciones posibles que “incita, induce, desvía, facilita o dificulta, extiende o limita, hace más o menos probable, llevado al límite, obliga o impide absolutamente”¹². Por lo que, claro está, para la comprensión del neoliberalismo como gubernamentalidad de nada servirían esos otros análisis microfísicos del poder. Como si los dispositivos disciplinarios, el dispositivo de la sexualidad, los mecanismos de seguridad, las regulaciones biopolíticas, etc. descritas por Foucault fueran todas figuras de un poder que simplemente niega, reprime y se ejerce exterior y violentamente sobre sujetos pasivos¹³.

A diferencia de lo que suele repetirse acriticamente, la cuestión del gobierno como modo de ejercicio del poder ha estado presente desde mucho tiempo antes en la reflexión foucaultiana y la misma no significa para nada el abandono de la genealogía nietzscheana del poder ni del análisis de las relaciones de poder en términos de relaciones de fuerzas. La guerra o el gobierno no son modelos contrapuestos sino

11. Cfr. Castro, E., *El vocabulario de Michel Foucault*, Bs. As., UNQ, 2004 y Castro-Gómez, S., *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en M. Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2010

12. Castro, E., *op. cit.*, p. 234.

13. Al respecto, es interesante recordar que en *Los anormales* (el curso de 1975 que articula justamente la línea de investigación de la *Historia de la locura con Vigilar y castigar* y la preparación del primer tomo de la *Historia de la sexualidad*) la cuestión de las artes de gobierno cumplía un rol fundamental para entender el poder disciplinario y normalizador: “La edad clásica elaboró, por ende, lo que puede llamarse un arte de gobernar, en el sentido en que precisamente se entendía en ese momento el gobierno de los niños, el gobierno de los locos, el gobierno de los pobres y, pronto, el gobierno de los obreros. Y por “gobierno” hay que entender, si se toma el término en sentido amplio, tres cosas. Primero, por supuesto, el siglo XVIII, o la edad clásica, inventó una teoría jurídica política del poder, centrada en la noción de voluntad, su alienación, su transferencia, su representación en un aparato gubernamental. El siglo XVIII, o la edad clásica, introdujo todo un aparato de estado con sus prolongaciones y sus apoyos en diversas instituciones. Y además -querría consagrarme un poco a esto, o bien debería servirme de trasfondo al análisis de la normalización de la sexualidad- puso a punto una técnica general de ejercicio del poder, técnica transferible a instituciones y aparatos numerosos y diversos. Esta técnica constituye el reverso de las estructuras jurídicas y políticas de la representación y la condición de funcionamiento y eficacia de esos aparatos. Esta técnica general del gobierno de los hombres entraña un dispositivo tipo, que es la organización disciplinaria” (Foucault, M., *Los Anormales*, Bs. As., FCE, 2000, p. 56)

disposiciones de fuerzas heterogéneas, y no es casual que con la cuestión del gobierno reaparezca en los análisis foucaultianos (aunque con valencias diferentes) ese elemento central de la genealogía nietzscheana que es el poder sacerdotal, cuyos polos son el pastor y la grey. El modelo de la física de las fuerzas nietzscheanas es justamente el modelo de la *acción sobre acción* y no de un poder que se aplica sobre una masa inerte. En este sentido cuando Foucault afirma hacia el final de *Omnes et singulatim* en una frase muy citada “si un individuo puede permanecer libre, (...) el poder puede someterlo al gobierno” no está afirmando una hipótesis nietzscheana del poder, en efecto, a punto seguido agrega: “No existe poder sin resistencia en potencia”¹⁴. El “juego de las libertades” que diferenciaría a las relaciones de poder de las relaciones de dominación, no es otro que el juego de las resistencias, es decir de las fuerzas. Esto no va contra sino que profundizaría la supuesta “hipótesis Nietzsche”. Sabido es que para la voluntad (de poder) no hay más que otras voluntades (de poder), es decir, sólo diferenciales de fuerzas: “La ‘voluntad’, naturalmente no puede actuar más que sobre la ‘voluntad’ – y no sobre ‘materias’: en suma, hay que atreverse a hacer la hipótesis de que, en todos aquellos lugares donde reconocemos que hay efectos, una voluntad actúa sobre otra voluntad”¹⁵.

Estrechamente ligado (y en alguna medida subsidiario del primero) el segundo malentendido consiste en considerar los dispositivos y tecnologías políticas descritas por Foucault, no como el resultado de relaciones diferenciales e inestables de fuerzas que solidifican prácticas, discursos y técnicas que se encabalgan unas con otras y producen distintas configuraciones históricas sino como expresiones sucesivas de una Historia del poder (soberanía, disciplina, biopolítica, control, neoliberalismo, etc.). De forma tal que el diagnóstico del presente parecería pasar menos por una cartografía de las fuerzas que por una deducción de sus rasgos a partir de la sucesión de épocas en la historia del poder. Dicho de otra forma, si se presupone que la gubernamentalidad neoliberal es una especie de época (en la que el poder se ejerce bajo la modalidad del gobierno) que ha superado definitivamente a la sociedad disciplinaria o biopolítica (en las que el poder se reduce a dominación), difícilmente lograremos hacer inteligible el funcionamiento de las técnicas y los dispositivos disciplinarios y biopolíticos de la actualidad¹⁶. Menos aún, dar cuenta de sus transformaciones, su acoplamiento con otras técnicas, como las de la Empresa neoliberal, que van configurando los efectos de conjunto del poder en nuestro presente. Al representar al neoliberalismo como una temporalidad global, tal como si fuese una revolución tecnológica, que reemplaza a la sociedad disciplinaria o biopolítica, se naturaliza una transformación que a su vez se presenta como autónoma y se homogeniza bajo una coherencia unificada la

14. Foucault, M., “*Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política*” en *La vida de los hombres infames*. Bs. As., Caronte, 1996, p. 204.

15. Nietzsche, F. *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1975, §36.

16. Lo que claramente no quiere decir que los dispositivos disciplinarios y biopolíticos funcionen en la actualidad tal cual fueran descritos por Foucault para los siglos XVIII y XIX. La emergencia del poder disciplinario puede ser situada históricamente, pero no puede ser reducido a una época, es un conjunto articulado de técnicas, saberes, dispositivos, etc. De lo que se trata es de interrogar las técnicas y los dispositivos concretos y no deducir su función a partir de una historia del poder.

experiencia del presente. Por ello vale la pena trazar las genealogías minuciosas, buscar las emergencias, los relevos y desbloques de las técnicas de gobierno antes que deducirlas de supuestas transformaciones epocales. Nada es tan lineal ni unívoco en el terreno de la historicidad: para el genealogista la historia es una miríada de acontecimientos.

A partir de esos supuestos tan difundidos, Byung-Chul Han puede afirmar livianamente que “la sociedad disciplinaria es una sociedad de la negatividad. La define la negatividad de la prohibición”¹⁷ e inversamente que “la técnica de poder neoliberal no ejerce ninguna coacción disciplinaria”¹⁸. Qué son acaso cada una de las técnicas minuciosas descritas en *Vigilar y castigar* sino precisamente técnicas *positivas* de conducción de las conductas, del *buen encauzamiento de las conductas* para hacer crecer las fuerzas sociales, cómo se define la biopolítica a diferencia del poder soberano, sino como *un poder que se ejerce positivamente sobre la vida*. Por su parte, la segunda afirmación ni siquiera puede tomarse en serio. Mucho antes de hablar de gubernamentalidad y a propósito de todas esas técnicas positivas y productivas del poder, Foucault sostenía: “Qué fácil sería sin duda dismantelar el poder si éste se ocupase simplemente de vigilar, espiar, sorprender, prohibir y castigar; pero no es simplemente un ojo ni una oreja: incita, suscita, produce, obliga a actuar y a hablar”¹⁹. Después de todo, esos siempre han sido los verbos con los que la analítica foucaultiana pretendió desmontar los postulados de la imagen jurídica y económica del poder.

Así, cuando se afirma que “después de 1978 Foucault ya no verá las relaciones de poder como marcadas únicamente por la dominación, sino también como ‘un juego de acciones sobre acciones’”²⁰ se hace una caricatura burda de todos los análisis previos foucaultianos²¹. Es sólo a partir de esa caricatura que Castro-Gómez puede deducir que “el liberalismo no es visto por Foucault como una práctica disciplinaria sino como práctica gubernamental que ha logrado generar unas “condiciones de aceptabilidad” sobre la conducta política y moral de los individuos”²². Este doble error

17. Han, B.-Ch. *La sociedad del cansancio*. Herder, Barcelona, 2012, p. 85. De más está decir que justamente una de las tesis principales de la analítica foucaultiana del poder en la modernidad (disciplinaria y biopolítica) era que el mismo no se ejerce bajo la modalidad negativa (y trascendente) de la Ley y la prohibición, sino bajo la modalidad positiva (e immanente) de la *norma*.

18. *Ibid.*, p. 130

19. Foucault, M., *op. cit.*, p. 136

20. Castro-Gómez, S., *op. cit.*, p. 27

21. Desde un principio estos no tuvieron sino como nudo lo que Deleuze llamara el (spinoziano) problema fundamental de toda filosofía política ¿*Por qué combaten los hombres por su servidumbre como si se tratase de su salvación?* Y si hay algo que caracteriza a la respuesta nietzscheano-foucaultiana es que la respuesta no debe buscarse ni en la represión, ni en la ideología ni en el deseo (o la servidumbre voluntaria), sino en la productividad y relacionalidad del poder: “El poder más que reprimir «produce realidad», y más que ideologizar, más que abstraer u ocultar, produce verdad” (Deleuze, G. *Foucault*, Barcelona, Ed. Paidós, 1990, p. 55). El poder produce campos de objetos, formas de verdad y modos de subjetividad: estructura no sólo el campo de nuestras acciones sino los límites mismos de nuestra experiencia posible, pero lo hace siempre, sobre el fondo de la irreductibilidad de las resistencias, en una relación de incitación mutua.

22. Castro-Gómez, S. *op. cit.*, p. 41

vuelve completamente impotente al diagnóstico foucaultiano de nuestro presente: la microfísica del poder disciplinario (pero también securitario y biopolítico) es reducida a una especie de dominación bruta y a la vez, el (neo)liberalismo como arte de gobierno, es edulcorado como una sutil racionalidad que como en Han no coacciona, no violenta, no impone nada: “a diferencia de la dominación, el *gobierno* sobre la conducta nunca es obligado, nunca se hace en contra de la propia voluntad”²³. Si el problema del pensamiento crítico en los años ‘70 era para Foucault la aceptación ingenua de la fobia inflacionaria (y liberal) del Estado, el de nuestros críticos contemporáneos parece ser la devaluación de la gubernamentalidad a un fofo *soft power*. ¡Tiene razón Lazzarato cuando denuncia el increíble ireneismo de los teóricos de la gubernamentalidad!

Al respecto es bueno, recordar lo que el mismo Foucault afirmaba de la complementariedad entre el arte de gobernar liberal y los dispositivos disciplinarios:

“[Una] consecuencia, claro, de ese liberalismo y del arte liberal de gobernar es la formidable extensión de los procedimientos de control, coacción y coerción que van a constituir la contrapartida y el contrapeso de las libertades. He insistido bastante en el hecho de que esas famosas grandes técnicas disciplinarias que se hacen cargo del comportamiento de los individuos diariamente y hasta en el más fino de los detalles son exactamente contemporáneas, en su desarrollo, en su explosión, en su diseminación a través de la sociedad, de la era de las libertades. Libertad económica, liberalismo en el sentido que acabo de decir y técnicas disciplinarias: también aquí las dos cosas están perfectamente ligadas”²⁴.

Se trata, claro está, de una de las tesis centrales (y seguramente demasiado cercana a Marx para muchos de los críticos de la gubernamentalidad) de *Vigilar y castigar*: “Las disciplinas reales y corporales han constituido el subsuelo de las libertades formales y jurídicas”²⁵. Por lo tanto, es necesario tomar la crítica de la gubernamentalidad neoliberal en el punto que Foucault la dejó e interrogar sus técnicas y sus dispositivos, dejando de lado esos dos supuestos que la esterilizan y, por lo tanto, sin tirar por la borda el inmenso material que suponen las heterogéneas genealogías foucaultianas de las tecnologías de poder. Una crítica de la gubernamentalidad neoliberal que no tome esta complementariedad en cuenta, está condenada a la impotencia. Dicho de otro modo, es necesario dejar de interrogar sólo la racionalidad interna de las prácticas neoliberales y dar cuenta de los procedimientos de control, coacción y coerción que constituyen hoy la contrapartida del arte de gobierno neoliberal. Es necesario dejar de lado la taxonomía académica de las edades del poder y buscar dar cuenta de cómo se entrelazan bajo la gubernamentalidad neoliberal los poderes soberanos,

23. *Ibíd.*

24. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica, op. cit.*, pp. 88-89. Es más, como recuerda Foucault, el Panóptico mismo que para los teóricos actuales de la gubernamentalidad parece no tener nada que ver con el liberalismo, era presentado por Bentham como “la fórmula misma del gobierno liberal”

25. Foucault, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1997. Si en Marx, la explotación, vía la alienación y una filosofía de la conciencia, eran el subsuelo de esas libertades, para Foucault se trata de llevar las relaciones de poder a esa “infraestructura” y dar cuenta como ese sujeto de esas libertades es históricamente fabricado por las disciplinas.

disciplinarios, securitarios, biopolíticos, esas formas de poder que no se suceden sino que se solapan en nuestro presente. Claramente, esto no quiere decir desconocer las transformaciones actuales en las tecnologías de poder, todo lo contrario: dar cuenta de los rasgos de la gubernamentalidad de nuestro tiempo supone mapear sus procedencias y señalar sus mutaciones.

En ese sentido, para Foucault un elemento distintivo del nuevo arte liberal (y neoliberal) de gobernar es la aparición “de mecanismos cuya función consiste en producir, insuflar, incrementar las libertades, *introducir un plus de libertad mediante un plus de control* e intervención. Es decir que en este caso *el control ya no se limita a ser, como en el caso del panoptismo, el contrapeso necesario a la libertad. Es su principio motor*”²⁶. Por lo tanto, a partir del diagnóstico del neoliberalismo como arte de gobierno que se apoya en unos sujetos libres (en tanto “gobierno por medio del autogobierno”) no se trata simplemente de concluir que en el mismo no hay *coacción*, sino, todo lo contrario: de lo que se trata es de interrogarnos cómo se produce esa libertad, cómo se fabrica al hombre de esa libertad, cómo se produce la subjetividad neoliberal o, lo que es lo mismo: por medio de qué coacciones hemos llegado a concebirnos a nosotros mismos como un capital y como una empresa.

3. ¡Franceses, un esfuerzo más!

Es a partir de estos interrogantes y de la articulación de poderes, dispositivos y técnicas como debe entenderse la expresión foucaultiana según la cual en el neoliberalismo el mercado, la competencia y la forma Empresa, van a “informar” lo social. Para gobernar “económicamente” a la sociedad y a los individuos, primero hay que “informarlos”, es decir producirlos, bajo la forma Empresa. La cuestión no pasa, por lo tanto, solo por describir cómo el empresario de sí (o el *homo economicus* neoliberal) en tanto es sensible a las modificaciones en el medio, puede ser gobernado “ambientalmente”, sino también por interrogarnos cómo se logra actualmente producir (con qué mecanismos, dispositivos, etc.) un sujeto gobernable de esa manera y a la vez por interrogar qué quiere decir en este contexto “ambientalmente”²⁷.

Quien quizá mejor ha sabido desarrollar esta cuestión ha sido M. Lazzarato en su genealogía del *hombre endeudado*, esa figura que según su análisis revela el revés del empresario de sí foucaultiano una vez pasados los años gloriosos de la épica empresarial (“Todos accionistas! Todos propietarios! Todos empresarios!”)²⁸. Recuperando la genealogía nietzscheano-deleuziana del par deudas/culpa y conjugándola con los

26. Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 89

27. Ciertamente, cuando W. Eucken distingue una intervención directa sobre la economía y una sobre su “marco”, está intervención que debe ser masiva, es directa sobre los datos técnicos, científicos, jurídicos, demográficos y su primer objeto de intervención (biopolítico) es la población (*Ibid.*, p. 173). Interviene “sobre la sociedad misma en su trama y su espesor” (*Ibid.*, p. 179).

28. Lazzarato, M. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires, Amorrortu, 2013, p. 10

análisis subjetivos del crédito que realiza Marx en “*Credit et Banque*”²⁹, Lazzarato señala que la financiarización de la economía debe interpretarse como “economía de la deuda” y ésta como un dispositivo no sólo de explotación (apropiación por vía del interés de un valor socialmente producido) sino también como un dispositivo de “gobierno tendiente a reducir la incertidumbre de las conductas de los gobernados”³⁰. Siguiendo la genealogía nietzscheana, hacer del hombre alguien capaz de prometer, es decir, de “honrar sus deudas”, supone la larga historia de las mnemotécnicas de la crueldad que le inventaron una memoria (una interioridad y una conciencia) y sobre todo una memoria del futuro, esas técnicas que lo hicieron “capaz de responder de sí mismo como futuro”. La deuda, entonces, supone una forma de explotación, pero también de subjetivación, una forma de trabajo del hombre sobre sí mismo, de crueldad sobre sí mismo: la producción de una subjetividad condenada a la deuda y a ser responsable de la misma de por vida. El crédito explota “la acción ética y el trabajo de constitución de sí mismo en un nivel a la vez individual y colectivo”³¹. Como dice Marx “la vida del pobre y de su talento le sirve al rico de garantía por el dinero prestado; o sea que todas las virtudes sociales del pobre, la actividad real de su vida, su misma existencia significan para el rico el reembolso de su capital con los réditos usuales. El peor de todos los casos para el acreedor es por tanto la muerte del pobre: es la muerte de su capital y de los réditos [intereses]”. Se paga con el propio cuerpo y con la propia existencia moral: “El crédito es el juicio sobre la moralidad de un hombre desde el punto de vista de la economía”³². Por lo tanto, la deuda pone a disposición de la valorización financiera no sólo la suma de todas las cualidades físicas e intelectuales existentes en la corporeidad viva, como definiera Marx la *fuerza de trabajo*, durante un tiempo determinado y a cambio de un salario, sino que “la individualidad humana, la moral humana se ha convertido ella misma (...) en un artículo comercial (...), mi propia existencia personal; mi existencia de carne y hueso, mi socialidad y reputación son la materia, el cuerpo del *Espíritu monetario*”³³. En otros términos, y como lo viene discutiendo el postoperaismo italiano desde diferentes perspectivas (Hardt y Negri, Virno, Fumagalli, Berardi), lo que es puesto a

29. El texto que Lazzarato cita como “Crédit et banque” no existe en castellano bajo ese título pero se trata de los “Extractos de lectura de Marx de 1844” sobre James Mill que están compilados en Marx y Engels, *Obras, OME5, Manuscritos de París. Escritos de los “anuarios franco-alemanes” (1844)*, Editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1978. Agradezco a Julia Expósito por llamarme la atención sobre la existencia de esta traducción. Las referencias corresponden a la misma.

30. Lazzarato, M. *op. cit.*, p. 52

31. *Ibid.*, p. 63

32. Marx, K. *op. cit.*, p. 280

33. *Ibid.*, p. 281

disposición del capital no es ya sólo el *tiempo de trabajo* sino *todo el tiempo de vida*³⁴. Sin embargo, para Lazzarato, este desplazamiento no deber ser pensado sólo en los términos del capitalismo cognitivo y a partir de la relectura del *general intellect*, sino a partir de la deuda y de otra noción del tiempo: la deuda “se apropia no sólo del tiempo cronológico del empleo” sino también del tiempo no cronológico de la *acción*, es decir: de lo que hay de creatividad y de posibilidad de lo nuevo en el obrar humano. El crédito, es en ese sentido, un dispositivo de control del futuro, condena al futuro a pagar los intereses del presente, obtura sus posibilidades indeterminadas, lo clausura y lo pone al servicio de la valorización actual. La deuda condena al deudor a esa forma de existencia que Deleuze definiera en términos de Kafka como “moratoria ilimitada”. Pero el valor de la lectura de Lazzarato radica sobre todo en que logra hacer patente la dimensión cruel, dolorosa, violenta y para nada *soft* de la conducción de conductas neoliberal. La promesa de reembolso, también como en Kafka, se escribe en los cuerpos. Y es en ese sentido que Lazzarato propone leer al neoliberalismo al calor de la tesis foucaultiana de la *guerra como filigrana de la paz*³⁵: “La afirmación de Foucault de que el poder «no es lo que suprime la guerra civil, sino lo que la libera y continúa» (...) como es obvio (...) vale también para nuestra actualidad”³⁶. Es más, “la historia de los desplazamientos, de las riquezas, las exacciones, los robos, los desfalcos, los empobrecimientos, las ruinas» es lo que hace inteligible la gubernamentalidad neoliberal”³⁷. Por lo tanto, más allá del potente análisis de la deuda como dispositivo de explotación (o captura) y de producción de subjetividad (sujeción y servidumbre maquínica), el análisis de Lazzarato, tiene el valor de poner en el centro de su reflexión

34. Virno es claro en este punto: en el capitalismo posfordista lo que entra en crisis es la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo. Uno y otro se identifican como ejercicio de las “facultades humanas genéricas: lenguaje, memoria, sociabilidad, inclinaciones éticas y estéticas, capacidad de abstracción y aprendizaje” (*Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, p. 108). Dicha identificación implica por lo tanto la borradura de los límites entre la esfera del trabajo y el resto de las actividades humanas, por lo que Virno sugiere que la distinción se resuelve ahora entre una *vida retribuida* y una *vida no-retribuida* (*Ibid.*, p. 109). Entre el tiempo de ocio y el de trabajo, entre el desocupado y el trabajador no hay más diferencia que su condición de ser retribuido o no. Ambos integran para Virno lo que Marx llamaba ‘tiempo de producción’. Lo que caracteriza al capitalismo postfordista es que ese ‘tiempo de producción’ que incluye toda actividad humana tiene en el ‘tiempo de trabajo’ sólo un componente más y no necesariamente al más relevante (*Ibid.*, p. 110). De allí que la plusvalía surja en esta nueva economía política no de un *excedente de trabajo* no remunerado, es decir del *plustrabajo*, sino del “hiato entre un tiempo de producción no computado como tiempo de trabajo y el tiempo de trabajo propiamente dicho” (*Ibid.*), es decir, de la diferencia entre el trabajo y el no-trabajo o el resto del tiempo de vida no remunerada.

35. Esto significa para Lazzarato volver al Foucault anterior a la hipótesis gubernamental, para nosotros como afirmamos antes, se trata de leerlo dejando ese supuesto desplazamiento de lado.

36. Lazzarato, M. *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Buenos Aires, Amorrortu, p. 169

37. Cfr. Alliez, E. y Lazzarato, M. *Guerres et capital*, París, Ed. Amsterdam, 2016. Los autores buscan desarrollar esta tesis en profundidad y señalando algunos límites de la historia foucaultiana del liberalismo. A partir de las lecturas contemporáneas de la llamada *acumulación originaria* que hacen de ésta no un momento único en la historia sino un origen que no deja de actualizarse y prestando particular atención a las guerras (de clase, de raza, coloniales, de sexo/genero, de subjetividad) que ella supone, sostienen que el capitalismo y el liberalismo “portent les guerres en leur sein comme les nuages portent la tempête”. Si la *acumulación originaria* es permanente, la guerra también lo es. El neoliberalismo, sus políticas de desposesión y endeudamiento no son sino la continuación de la guerra por otros medios.

la materialidad de los dispositivos de gobierno neoliberal más allá del irineísmo del *soft power*.

Imposible no referirnos en este punto (y porque después de todo el objetivo de este texto no es sino el de ser un aporte a la inteligibilidad de nuestro propio presente) al brutal avance de los dispositivos de re-información de la sociedad y de las subjetividades bajo la forma Empresa que actualmente vivimos en nuestra región. Una vez más, como en las décadas previas de profundización de las estrategias neoliberales, éstas se imponen de forma nada sutil, nada blanda, sino a partir de una reestructuración masiva y violenta de la sociedad³⁸. Por ello mismo, quizá sea fructífero volver a leer la crítica más clásica al neoliberalismo y particularmente la formulada desde nuestros países a partir de la experiencia neoliberal de los años '80-'90 con las herramientas teóricas de la gubernamentalidad. Crítica del “desguace del Estado”, de las privatizaciones, de la apertura externa comercial y financiera, de los programas de ajuste estructural tutelados por el FMI con sus medidas de flexibilización del mercado laboral y drásticas reducciones del gasto público, particularmente de las políticas sociales, con todas sus consecuencias en términos de desempleo, pobreza y exclusión³⁹. Pensar el neoliberalismo en términos gubernamentales, no puede volvernos indiferentes frente a los fenómenos que señalaba esa crítica. Por el contrario, nos tiene que permitir analizar cada uno de esos fenómenos desde el punto de vista más general de la gubernamentalidad, es decir, del neoliberalismo como tecnología de poder. Aquellas críticas a las políticas de privatización, concentración, y extranjerización de la economía, a la desregulación del mercado, y el consecuente incremento de la desocupación y la pobreza, interpretados a la luz de la supuesta “retirada del Estado” y de la reactivación de la doctrina del *laissez-faire* claramente no logran dar cuenta de la profundidad de las transformaciones neoliberales y mucho menos de su capacidad para movilizar afectos, para hacerse carne en nuestros modos de existencia y para constituir el único horizonte de lo posible en nuestras sociedades. Pero inversamente, las interpretaciones del neoliberalismo

38. En su estudio sobre los efectos desdemocratizadores del neoliberalismo, *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*, Barcelona, Malpaso, 2016, W. Brown acepta que en América Latina y otras regiones del “Sur Global” el neoliberalismo se “impuso —y se sigue imponiendo— de modo violento a través de golpes de Estado y juntas, ocupaciones y ajustes estructurales (...), así como mediante la disciplina militarizada de poblaciones”, sin embargo insiste en que ese avance no se corresponde con las hipótesis de la gubernamentalidad y que por el contrario “su diseminación en el mundo euroatlántico se dio de modo más sutil, mediante transformaciones del discurso, de la ley y del sujeto que se comportan de modo más cercano a la noción foucauldiana de gubernamentalidad. (...) En el norte, su principal instrumento de implementación ha sido el *poder blando*, no el duro” (*Ibid.*, p. 57). Ya hemos señalado las dificultades teóricas de esta identificación entre gubernamentalidad y *soft power*, pero en este caso vale la pena señalar a su vez el profundo desconocimiento de la brutalidad de los procesos de reestructuración neoliberales que han tenido lugar en Grecia, España, Portugal tras la crisis de 2008. Una noción de gubernamentalidad que no pueda dar cuenta de esos procesos, sea en el norte o en el sur, es una noción estéril.

39. Es interesante que estas críticas coincidieron a su vez, con la postulación del ‘neoliberalismo’ como campo de adversidad para una serie de luchas populares heterogéneas tanto a nivel local, regional como global. Basta pensar en el contexto nacional en los primeras formas de resistencia frente a las privatizaciones de las empresas estatales y las organizaciones de los trabajadores desocupados, pero también allende nuestras fronteras en el desarrollo del zapatismo en el norte de nuestro continente o en las huelgas masivas en Europa y en la heterogeneidad de los llamados movimientos anti-globalización que protestaban contra las instituciones del gobierno económico mundial (OMC, FMI, Foro Económico Mundial, etc.)

que lo reducen ya sea a una mera tecnología del Yo por medio de la incitación a la competencia y al emprendedorismo, a una *ethopolítica* como “conjunto de técnicas por las cuales los seres humanos se juzgan y actúan sobre sí mismos para volverse mejores”⁴⁰ o a las “técnicas específicas de gobernanza (...) que recurre(n) al consenso y el convencimiento antes que a la violencia y las órdenes dictatoriales”⁴¹, no pueden sino devolvernos una imagen demasiado etérea y exigua del neoliberalismo. Es necesario comprender que son aquellos mismos fenómenos denunciados por la crítica tradicional al neoliberalismo los que constituyen los dispositivos concretos de producción (el *subsuelo* diría Foucault) de la subjetividad neoliberal. Aquellas políticas componen la máquina que escribe la condena en los cuerpos y los graba a fuego ya que, como muestra la genealogía nietzscheana, *únicamente lo que no cesa de doler permanece en la memoria*. Si es cierto que el neoliberalismo es una *ethopolítica*, ésta supone toda una *mnemotécnica*, una *pedagogía* y una *política de la crueldad*⁴²: precariedad laboral y sobre todo existencial, pobreza, desigualdad política y social, racialización y generización excluyente de los cuerpos y los modos de vida.

Esas políticas macroeconómicas que definen nuestra experiencia neoliberal, pero que fueron parte ya de la primera experiencia ordoliberal en la posguerra, no son elementos heterogéneos a las *prácticas de sí* a las que nos concita el neoliberalismo. Son aquellas las que producen estas últimas, y estás las que retroalimentan y hacen perdurables a las primeras. La flexibilidad laboral, las tasas flotantes y permanentes del “desempleo estructural”, el empobrecimiento de capas cada vez mayores de la población, el extractivismo financiero son algunos de los mecanismos que nos “conducen a conducirnos” como empresarios de nosotros mismos, a concebirnos como un capital en el que hay que invertir para acrecentar sus competencias, su empleabilidad y del cual, a su vez, hay que extraer la mayor renta posible. No son sólo el *marketing*, la ética de la empresa y las técnicas del *management*, las que nos interpelan (para usar el término althusseriano que describe el funcionamiento de la ideología) a comportarnos de tal manera, sino modificaciones materiales y concretas de nuestras condiciones de existencia, de nuestro “ambiente” que se inscriben en los cuerpos y en los modos de vida. Del mismo modo, las privatizaciones de los servicios públicos y de la seguridad social como los sistemas de capitalización individual, la educación y la salud privada, nos obligan a “hacernos cargo” individualmente de la vejez, los accidentes, la salud, la educación, etc. y nos obligan, por lo tanto, a gestionarnos nuestra mejor forma de acceder a ellos⁴³. Esas son las (bio)políticas sobre

40. Rose, N. “El gobierno en las democracias liberales “avanzadas”. Del liberalismo al neoliberalismo” en *Archipiélago*, nº 29, 1997, p. 67.

41. Brown, W. *op. cit.*, p. 43

42. Cfr. Segato, R. *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016 y Mbembe, A. *Necropolítica*, España, Melusina, 2011.

43. Ya para los ordoliberales, como señalaba Foucault “la política social deberá ser una política cuyo instrumento no será la transferencia de una parte de los ingresos de un sector a otro, sino la capitalización más generalizada posible para todas las clases sociales, cuyo instrumento será el seguro individual y mutuo y, por último, la propiedad privada. Es lo que los alemanes llaman ‘política social individual’” (Foucault, M. *Nacimiento de la biopolítica*, *op. cit.*, p. 177).

el “marco” que introducen la competencia y aseguran las condiciones de posibilidad del mercado.

En este contexto, volverse empresarios de sí mismos adquiere un sentido muy particular: significa hacerse gestor de la pobreza, de las deudas, de la precariedad, de los múltiples empleos, del desempleo, de los subsidios humillantes, de la decadencia de los servicios públicos, de la escasez de vivienda, de los bajos salarios, de las jubilaciones miserables, etc. “como si fueran “recursos” e “inversiones” que deben administrarse como un capital”, *nuestro propio capital*. Sin dudas, ser empresario, como lo dicen las revistas domingueras, la cuota diaria de publicidad o los manuales de emprendedorismo que reciben los chicos en la escuela, es una *cuestión de actitud*: un estilo de vida, una manera de pensar y de vivir. Pero, después de décadas de desposesión, empobrecimiento y violencia neoliberal, esa *actitud* meritocrática condena a la mayor parte de la población a la auto-responsabilización y a la culpa: fracasados, malos inversores, malos administradores de su propia vida, de su capital humano y, por eso mismo, también vidas descartables. Lo que es todavía más llamativo, “el gobierno por medio del autogobierno” no deja de enjuiciar a la mayor parte de la humanidad como incapaces de gobernar su propia vida.

Prestando atención a este subsuelo de la gubernamentalidad, se vuelve patente que hay todo un disciplinamiento neoliberal de los cuerpos y las conductas y una biopolítica de la población. Esas políticas crean “situaciones de mercado” donde no las había, obligan a los sujetos a moverse como empresas y a competir en algunas situaciones lisa y llanamente por la sobrevivencia. En esas condiciones se trata de aceptar las “reglas” del mercado y la competencia, es decir, incorporar la acumulación como ley generalizada de la existencia o quedar fuera de juego. Esos mecanismos y el consecuente miedo al desempleo, el miedo a la exclusión, a perder un subsidio, a quedar fuera de la carrera, en una sociedad que distribuye cuotas cada vez más altas de precariedad e inseguridad de todo tipo, *escriben sobre el cuerpo las marcas dolorosas y por ello imborrables del empresario de sí*. Por otro lado, esas medidas macroeconómicas constituyen una biopolítica para la Empresa en cuanto tienden a maximizar la utilidad de la población, ya no haciéndola crecer y asegurando su bienestar (como en los pactos sociales y de seguridad de la gubernamentalidad policiaica del *warfar/welfare*), sino tratándola como un recurso cuya rentabilidad debe ser maximizada al mínimo costo posible. Precisamente la población como un recurso humano para la Empresa en el que ya no se trata de invertir socialmente (la inversión es cada vez más privada e individualizada) sino uno que es tratado de forma extractivista sin importar la degradación del “recurso” ni sus condiciones de existencia: siempre es necesario bajar su costo (sea el costo laboral de los trabajadores formales, sea el costo de los jubilados, sea el costo de los servicios públicos, sea el costo social del resto de la población demasiado pobre o mutilada como para entrar una relación salarial) y siempre es posible hacer de las viejas prestaciones sociales del Estado un terreno más de rentabilidad y acumulación para las empresas extractivas privadas (la salud, la educación, la previsión social, el crédito, etc.). Pero a la vez, estas disciplinas de mercado y esta gestión empresarial de la población, definen una especie de biopolítica mucho más cruenta cuya fórmula sería según Lazzarato: “*si puedes*

pagar, puedes vivir; si no puedes pagar, puedes morir”. Quizá sea más preciso definirla como una *necro-política* que expone la vida de las mayorías a la muerte, a la miseria y a condiciones inhumanas de existencia. Y que al mismo tiempo las responsabiliza y culpabiliza por esas condiciones y por haber malgastado su existencia *qua* capital.

4. A modo de cierre

Recapitulando: intentar dar cuenta hoy del neoliberalismo en el contexto nacional y regional, en el cual se profundizan las lógicas de la desposesión, del endeudamiento público, en el que crecen todos los índices de desigualdad y exclusión, y sobre todo, en un contexto en el que una violencia cada vez más espectacularizada expresa el poder de mando y de captura sobre los cuerpos y los territorios, supone poner todas nuestras verdades y taxonomías en crisis. En primer lugar es necesario dejar de lado todos los supuestos ireneistas que pesan sobre la noción de gubernamentalidad y la reducen a un nombre complicado para la *boutade* del *soft power*. El poder nunca es sólo *soft*. Por ello hemos dedicado parte de este texto a desmontar algunos de los lugares comunes de la crítica gubernamental. Ello no quiere decir reducir el neoliberalismo a una forma de violencia cruda y llana, sino comprender (como afirma M. Saidel en este mismo dossier) que una lectura del neoliberalismo que olvide la violencia que está en su origen, que acompañó su desarrollo y que hoy se presenta de nuevo de forma cada vez más patente, sería cuando menos ingenua. La pre-historia del neoliberalismo que Foucault realizará a fines de los '70 aún tiene mucho por decirnos de nuestro propio tiempo, pero al precio de que aceptemos que para realizar un diagnóstico de nuestro presente, no basta con una hermenéutica de sus textos. Si lo que nos interesa es comprender la pregnancia y durabilidad del neoliberalismo, dar cuenta de las formas de subjetividad que lo mantienen y poder pensar líneas de fractura y resistencia, es necesario interrogarnos por medio de qué coacciones hemos llegado a concebarnos a nosotros mismos como un capital y como una empresa, cuál es el subsuelo de la libertad económico-existencial de la subjetividad neoliberal, qué mecanismos la producen, la organizan y la gestionan. Estos no pueden reducirse a una *ethopolítica* ni a unas formas blandas y consensuales de poder. Sin dudas, bosquejar unas respuestas a estos interrogantes supone, en la perspectiva nietzscheano-foucaultiana, prestar atención a la historia de las mnemotécnicas de la crueldad por medio de la cual hemos podido aprender a gobernarnos a nosotros mismos bajo el modelo de la empresa y esa historia, que es nuestra historia, es una dura secuencia de desposesiones, violencias, robos, torturas, es decir, no una historia blanda, sino una historia y un presente de crueldad.

Fecha de Recepción: 19/06/2017

Fecha de Aprobación: 20/09/2017